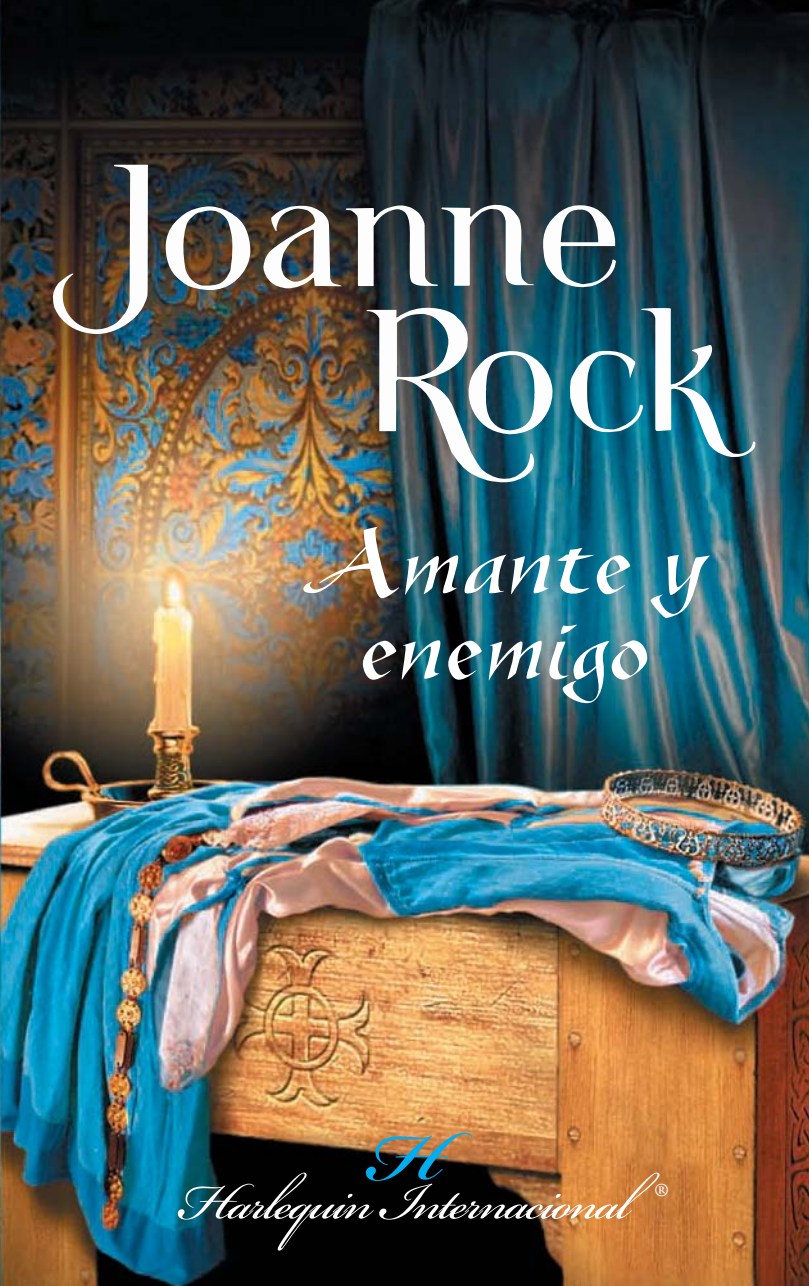

Joanne Rock
Amante y enemigo
Harlequin Internacional®

Joanne Rock

Amante y enemigo



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2005 Joanna Rock. Todos los derechos reservados.
AMANTE Y ENEMIGO, Nº 359 - 1.5.06
Título original: The Laird's Lady
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8115-9
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Agosto de 1307

Las mujeres casadas nunca se enfrentaban a esos problemas.

Los bárbaros se acercaban al bastión fronterizo de Beaumont Keep, y la hija soltera del castillo era la única que podía levantar un dedo para detenerlos. Rosalind de Beaumont descargó el puño con frustración, provocando que todos los floreros saltaran sobre la mesa.

¿Dónde estaba Gregory Evandale y su promesa de matrimonio, cuando ella más necesitaba a un hombre que guiara a su gente a la batalla?

El mayordomo de Rosalind irrumpió en la estancia, sacándola de sus pensamientos. La rápida carrera de John desmentía sus cincuenta años. Se detuvo bruscamente a medio metro de ella.

—Los salvajes exigen hablar con el señor de Beaumont, mi señora.

—Es una lástima que Beaumont Keep no tenga señor —dijo Rosalind mientras se masajeaba las palpitantes sienes, deseando que algo se le ocurriera.

Era un secreto escrupulosamente guardado que el gobernador de Beaumont Keep no era un hijo, sino una hija. Después de que el fuego hubiera devastado sus tierras tres años atrás, los leales vasallos de Rosalind la habían ayudado a perpetuar la creencia de que su hermano no había perecido en las llamas junto a sus padres. El engaño había sido una cuestión de seguridad hasta que algún día pudiera solicitar al rey que la casara con el escudero de su padre y todo volviera a ir bien.

Y ahora esto.

Para agravar aún más sus problemas, aquella mañana se había despertado con fiebre y dolor de cabeza.

—Tenemos casi veinte caballeros preparados —le recordó John, inclinándose sobre la mesa para enderezar una urna que se había volcado por el puñetazo de Rosalind.

—¿Caballeros? —repitió ella con un bufido—. La mayoría de esos hombres a los que llamas caballeros nunca ha presenciado una batalla. ¿Y qué pueden hacer veinte caballeros contra una horda de paganos? ¿Cuántos pueden ser?

—Más de un centenar, mi señora —respondió John, secando con su túnica el agua que se había derramado de las flores.

—¿Qué pueden hacer veinte caballeros contra más de cien escoceses?

Se volvió hacia su audiencia, que en cuestión de segundos había aumentado a la mitad del personal de su casa. La gente de Beaumont había sido ataca-

da por los escoceses con anterioridad, y a todos los aterraba enfrentarse a otra masacre. Que los santos la protegieran. No podía permitir que su gente volviera a sufrir.

John se aclaró la garganta.

—¿Quién hablará con los invasores?

Una sola respuesta cruzó la mente de Rosalind. Sólo una persona podía hablar con los escoceses en lugar del lord.

Suspiró al pensar en Gregory, tan lejos cuando más lo necesitaba. Hijo de un noble vecino, Gregory había sido como un hermano para ella durante los años que había servido para el padre de Rosalind. En las semanas que siguieron al incendio, Gregory había jurado que se casaría con ella en cuanto obtuviera la bendición del rey, y entonces podrían devolver a Beaumont su antiguo esplendor. Hasta entonces, se había unido a las guerras y campañas del rey Eduardo I, y habían acordado hacer creer al reino que su hermano aún vivía para proteger a los habitantes de Beaumont de un señor tiránico y cruel a elección del rey. La ficción no había sido difícil de mantener, ya que el rey había estado demasiado ocupado con sus campañas por Escocia hasta su muerte reciente.

Aun así, Rosalind anhelaba la seguridad que le proporcionaría ser la esposa de Gregory tras tres años de miedo y pesar. ¿Por qué su héroe no estaba allí ahora para defenderla de la amenaza? Rosalind estaba cansada de librar sola todas sus batallas. Hasta que tuviera la palabra de Gregory, necesitaba

proteger el bastión por ella misma. No había salvaguardado tanto tiempo la amada propiedad de su padre para perderla ante las hordas escocesas que arrasaron todo lo que la rodeaba unos pocos veranos atrás.

—Gerta, ven a la habitación de mi padre —le dijo a la doncella que se calentaba las manos junto al fuego—. John, acompáñanos y espera junto a la puerta

—Pero… —empezaron a protestar John y Gerta al unísono.

—Yo hablaré con los escoceses como el señor de Beaumont —los acalló Rosalind, alzando el mentón en un gesto desafiante.

Su seguridad le falló varios minutos después cuando subió a las almenas de las murallas exteriores, ataviada con la vieja túnica de su padre. Asaltada por las dudas, se preguntó cómo podría disimular su voz femenina cuando le gritara al enemigo. Tal vez su garganta ronca y áspera le fuera de utilidad en una aquella ocasión, al menos.

¿Qué haría si el jefe exigía un encuentro cara a cara?

Su ardid tal vez funcionara a distancia, pero nunca podría hacerse pasar por un hombre de cerca. Las prendas de su padre le colgaban ridículamente, y aunque había escondido su cabello bajo el cuello de la túnica, su rostro la hacía parecer un muchacho de corta edad. Y tampoco la ayudaban los escalofríos de miedo y fiebre.

—Mi señora, todavía estamos a tiempo de que lo

haga otra persona —le susurró John al oído por tercera vez desde que Rosalind se disfrazara con la ropa de su padre.

Rosalind negó con la cabeza. No podía arriesgarse a que la inminente confrontación saliera mal. Debía ser ella quien hablara por su gente.

A regañadientes, John extendió la mano para auparla hasta el parapeto que había sobre la garita. Estaban lo bastante lejos de los escoceses para mantenerse a salvo, pero lo bastante cerca para ser oídos.

—¿Hay alguna manera de que pueda mirar hacia abajo sin mostrarme? —susurró ella. Su voz delataba su nerviosismo.

John asintió.

—No es probable que estén mirando hacia aquí arriba, pero de todos modos tened cuidado.

Con mucho cuidado, Rosalind se aupó para asomarse sobre las piedras del parapeto.

—Oh —ahogó un gemido al contemplar la escena que tenía lugar al pie de las murallas. Un miedo glacial la traspasó, más agudo y escalofriante que los temblores de la fiebre. John había dicho que eran aproximadamente un centenar, pero a Rosalind le pareció que había el doble.

Los guerreros escoceses se habían congregado en masa a las puertas de Beaumont Keep. Muchos de ellos llevaban los rostros pintados de azul, una tradición que se remontaba a los temibles pictos. Incluso desde la posición elevada de Rosalind, parecían monstruosamente grandes.

«Los bárbaros», pensó, recordando el devastador incendio que provocaron.

Sacudió la cabeza para despejar la mente de las horrendas visiones. No había tiempo para eso ahora.

Al mirar con atención, decidió que no eran más de cien escoceses, pero su tamaño, junto con la pintura de guerra y las pieles de animales que vestían, aumentaba su aspecto salvaje.

Aunque casi todos ellos parecían fundirse en un encrespado mar de rostros azules, un hombre llamó la atención de Rosalind. El pelo le llegaba hasta los hombros, tan negro y alborotado como los mechones de Rosalind. Unos hombros anchos sostenían una larga capa de piel que llevaba sujeta al cuello con un broche de plata.

Flanqueado por dos guerreros ataviados con capas similares, aquel hombre era un poco más bajo que el gigante que tenía a su izquierda, y un poco más alto que el caballero más refinado de su derecha. Los tres irradiaban una orgullosa nobleza ante el asedio inminente, pero la mirada de Rosalind se quedó fija en el escocés del medio. Su aire autoritario y algo más le provocaron una sensación temblorosa en lo más profundo de su ser.

Miedo. Aquel hombre podía ser el responsable del asedio. Se obligó a apartar la vista de él y se concentró en calibrar las fuerzas que se habían reunido en los campos soleados que rodeaban el castillo.

No tenían muchos caballos, pero tampoco los tenía Beaumont Keep. Los escoceses sí tenían, en

cambio, un inmenso ariete que sin duda podría destrozar la empalizada.

Volvió a deslizarse al abrigo de la muralla y se agachó junto a John.

—Es el ariete lo que más temo —le confesó, agarrando las guijarros sueltos entre los grandes bloques de piedra—. De no ser por él, podríamos resistir el ataque hasta que se quedaran sin víveres.

—¿Y si concentráramos nuestras defensas sobre la empalizada? Los hombres podrían arrojar flechas, y las mujeres agua hirviendo y cualquier otra cosa que puedan encontrar para echar sobre sus cabezas paganas.

De no haber estado muerta de miedo, Rosalind tal vez habría sonreído. Su gente disfrutaría con la oportunidad de infligirles por fin a los bárbaros su merecido castigo. Cuando los escoceses atacaron la vez anterior, lo hicieron en mitad de la noche y se retiraron dejando que el fuego lo arrasara todo por ellos.

—¿Tenemos piedras que los niños más pequeños puedan arrojar?

—Por supuesto —respondió John, asintiendo ansiosamente—. Las piedras son una de nuestras pocas defensas bien provistas. Gerta envía a menudo a los niños a que recojan piedras que luego puedan arrojar a los atacantes. A los niños les encanta cumplir con esa tarea.

—Mmm… —murmuró Rosalind, considerando las opciones a medida que el tiempo se agotaba.

Tendría que hablar con los invasores en cualquier momento. ¿Debería empezar por preparar a su

gente para la batalla, arriesgando sus vidas para proteger su hogar? ¿O debería renunciar al castillo tranquilamente… y arriesgar más vidas a la tristemente célebre brutalidad de los escoceses?

Miró a John, preguntándose cuál sería su consejo. Su adusta expresión le dijo todo lo que necesitaba saber. Había perdido a su mujer en el incendio. Tenía el mismo miedo que Rosalind.

Y la misma férrea determinación de vivir a pesar de ello.

Respiró hondo, endureciéndose a sí misma para una batalla que había rezado por no tener que librar jamás. Al menos, no sola.

—Intentaré disuadirlos, pero si la negociación fracasa, lucharemos.

John asintió y bajó de la muralla con más rapidez y habilidad que muchos hombres con la mitad de años que él. Rosalind lo siguió con la mirada, pensando cómo había llegado a quererlo como a un padre. Todos los supervivientes del incendio de Beaumont eran ahora su familia. No podría soportar perder a ninguno de ellos.

Tragó saliva y susurró una apresurada oración.

Al menos aquel día tenía la opción de luchar. Y luchando contra el dolor de cabeza que amenazaba su equilibrio, se irguió en toda su estatura para enfrentarse a los invasores.

Malcolm McNair examinaba los parapetos de la fortaleza en busca de algún punto débil con el ojo

experto de un estratega militar. Había viajado muy lejos para asegurarse Beaumont Keep… tanto para su rey como por razones más personales. Si era necesario iniciar un asedio, estaba preparado para hacerlo.

Largamente había soñado con un castillo de su propiedad. Un alto objetivo para el segundo hijo de un noble escocés con más poder que riqueza. Aun así, el sueño siempre lo había acompañado, especialmente desde que Robert Bruce insinuó en que Malcolm era digno de recibir algún reconocimiento por parte de la corona. Tal vez pudiera formar una familia allí, escapar de la guerra interminable y extender el poder de su clan.

Allí estaba, erguido en su montura, entre sus dos hermanos igual que había estado al nacer. Los McNair lo habían acompañado en aquel asedio… Ian para escapar de los recuerdos de su difunta esposa, y Jamie para saciar su sed de aventura. Después de diez años alejado del trono familiar, Malcolm había demostrado ser muy valioso para su familia. Sus batallas les habían dado a sus hermanos un lugar al que pertenecer hasta que ellos solucionaran sus vidas.

Ian McNair, el más corpulento de los tres hermanos, asintió en dirección a la fortaleza, donde un hombre delgado había aparecido sobre las almenas.

—Parece que la rata sale de su agujero. Bruce no se equivocó en sus suposiciones… No es más que un señoritingo inmundo sin la menor experiencia.

Malcolm entornó la mirada contra los rayos de

sol para observar al joven lord, que se había posicionado entre las torres de la garita norte. Una cabeza diminuta se balanceaba ridículamente sobre una túnica demasiado larga y holgada. Los rasgos del hombre no podían distinguirse a esa distancia, pero el rostro parecía ser el de un muchacho, pálido y suave.

Beaumont estaba defendido por un crío que lo había heredado a la muerte de su padre. Hábil estratega, el rey de los escoceses había sabido que aquella caótica fortificación de piedra sería un objetivo fácil, por lo que Malcolm albergaba la esperanza de no tener que librar ninguna batalla por el puesto fronterizo.

—Sí, éste debería ser un día fácil —afirmó, y avanzó en su caballo para hablar por los escoceses, mientras sus hombres guardaban silencio en espera de la confrontación.

—Soy Malcolm McNair —gritó—. He venido a reclamar Beaumont en nombre de mi rey, Robert Bruce.

Los dos rivales se enfrentaron en un silencio sepulcral, sólo roto por el resoplido ocasional de algún caballo.

—Soy William, señor de Beaumont, y no reconozco a vuestro rey —aunque por su voz parecía estar en plena pubertad, el muchacho permanecía firmemente erguido y desafiante contra el viento—. Inglaterra y Escocia obedecen a un único soberano, Eduardo II, y vuestra presencia aquí es un insulto a su alteza real.

—Y yo te digo, joven señor, que no nos iremos hasta que Beaumont sea propiedad de Robert Bruce.

Malcolm declaró sus intenciones con voz tranquila pero autoritaria, convencido de que su causa era justa. Si el rey inglés tuviera un mínimo de sentido común, nunca habría dejado Beaumont Keep a cargo de aquel joven sin experiencia.

—Si os rendís sin oponer resistencia, os doy mi palabra de honor de que ninguno de los vuestros sufrirá el menor daño.

El rostro del joven se torció en una mueca. ¿Sería de ira? ¿De miedo?

—¿Que mi gente no sufrirá ningún daño, decís? —repitió en tono de desprecio—. No confío en la palabra de un escocés, y menos en uno que acampa junto a mi puerta sin haber sido invitado, en claro desafió a nuestro rey.

La emoción que desprendía la voz del lord de Beaumont no hizo mella en la resolución de Malcolm. Tomaría Beaumont antes del anochecer, dijera lo que dijese aquel jovenzuelo.

—Yo no reconozco la autoridad de tu rey. Y deberías cuestionar tu propia lealtad a un soberano que abandona a su pueblo en unos tiempos tan turbulentos. Tu joven rey Eduardo no vendrá en vuestra ayuda, pues ya dejó claro que las gentes de las fronteras tendrían que defenderse por sí mismas hasta la primavera.

Hubo una pausa desde lo alto de las murallas, y Malcolm esperó que sus palabras hubieran convencido al muchacho.

—No creo que pase tanto tiempo hasta que nuestro nuevo rey venga a zanjar esta disputa —replicó finalmente el señor de Beaumont—. Pero eso no importa, porque de un modo u otro, tendréis que abandonar mis tierras.

Maldición… Malcolm no tenía el menor deseo de alzarse en armas contra un oponente que ni siquiera había superado la adolescencia. Después de diez años de continuas batallas, anhelaba alcanzar la paz. Pero haría lo que fuera necesario para asegurar aquel bastión para su rey y su clan.

—He dejado lo bastante claro que no me marcharé, señor, y me temo que no puedo ofrecerte más de un cuarto de hora para que cambies de idea, si no quieres sufrir lo peor de nuestras convicciones.

Hubo otra pausa.

—Entonces aceptaré ese tiempo para discutir vuestra oferta con mi gente —dijo el joven, y volvió a desaparecer tras la muralla, dejando a Malcolm con la seguridad de cuál sería el resultado.

Tal vez hubiera perdido el gusto por la batalla, pero aún no había perdido un solo combate.

Rosalind nunca había entrado en combate, pero parecía que aquel día no le quedaba otra opción que la victoria.

Maldijo a Gregory Evandale por abandonarla, y acto seguido rezó por que volviera pronto. ¿Por qué no se había casado con ella antes de unirse a las campañas del rey Eduardo? Había expresado su

necesidad de conseguir hombres leales y la aprobación del rey para su matrimonio. ¿Acaso no había conseguido eso ya?

Tras bajar de las murallas echó a correr a través del patio. Las finas suelas de sus zapatillas apenas le ofrecían protección para el duro suelo de piedra. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos se afanaban en los preparativos para la defensa. Se habían encendido varias hogueras para calentar grandes calderos de agua. Los hombres izaban las piedras a las murallas valiéndose de poleas, junto a montones de basura procedentes de la cocina y de los bacines y orinales. Los duros caballeros de Beaumont recorrían sigilosamente el perímetro de las murallas, tomando posiciones para arrojar las flechas en cualquier momento.

Mirando a su alrededor, Rosalind supo que todo eran esfuerzos improvisados, pero no pudo sofocar el inmenso orgullo que sintió al verlos trabajar. Casi había llegado a la torre cuando John la interceptó.

—¿Y bien?

—Tenemos un cuarto de hora para discutir nuestras opciones —replicó ella. El corazón aún le latía frenéticamente tras su enfrentamiento con el enemigo—. Ese escocés arrogante está convencido de que nos rendiremos a él y su banda de paganos sin presentar batalla.

—Vuestro padre estaría muy orgulloso de vos hoy, Rosalind. Lo sé —le aseguró John, poniéndole brevemente una mano en el hombro antes de alejarse a seguir con los preparativos.

Una ola de emoción invadió su interior. Era el dolor familiar de la pérdida acompañado de miedo. De esperanza. De desesperación. Que el Cielo la ayudara… Quería ser el orgullo de su padre. Y de su madre. Y del querido William, a quien tanto había adorado… Rezando por que las fuerzas no le fallaran, entró en la torre para ayudar a Gerta a pesar de los escalofríos que mermaban su debilitado cuerpo. No era probable que la defensa de las murallas exteriores durase mucho; tal vez cayeran durante la noche. Pero el torreón interior era mucho más difícil de tomar, y había sido construido para soportar un largo asedio.

Y sin embargo…

Algo la inquietaba. Intentó ignorar las dolorosas palpitaciones de su cabeza para poder pensar con claridad. Tenía que planear la estrategia y cubrir todas las posibilidades. Pero no pudo desprenderse de la angustiosa sensación de haber pasado algo por alto.

Se devanó los sesos, pero le resultó imposible recordar de qué se trataba. Maldiciendo su fiebre y sus adormecidos pensamientos, corrió al gran salón para ver a Gerta gritándole órdenes a todo el mundo.

—Nos queda menos de un cuarto de hora para defendernos a nosotros mismos —gritó Rosalind, haciéndose oír sobre los aldeanos que portaban las cajas de frutas y verduras al torreón.

Gerta dudó sólo un momento al oír el mensaje, y enseguida redobló sus esfuerzos para que se apre-

suraran en llevar las provisiones al interior de la torre.

Rosalind subió por las escaleras hasta sus aposentos y se despojó de las prendas de su padre mientras cruzaba la puerta. Abrió el arca que había a los pies de la cama y rebuscó entre sus pocas y preciadas pertenencias… un vestido de su madre, un poema que Gregory le había dedicado mucho tiempo atrás y su caja de hierbas, hasta encontrar finalmente la daga con joyas incrustadas de su padre. Dudaba que le sirviera mucho en un combate cuerpo a cuerpo, pero se sentía más protegida blandiendo el arma de lord William Beaumont. Tal vez pudiera reunir un poco de la fuerza de su señor.

Se miró brevemente en un espejo y parpadeó con sorpresa al ver su pelo cayéndole descuidadamente sobre los hombros. Desde la muerte de sus padres había lucido un peinado severo y ajustado. Incluso para dormir se recogía los cabellos, tan largos que le llegaban hasta la cintura. Su intrincado nudo de trenzas no había encajado bajo la capucha de la túnica, así que se lo había soltado. Ahora le resultaba desconcertante ver la abundancia de cabello que flotaba alrededor de su cuerpo como un velo. Por un momento se pareció a la niña que fue una vez, antes de que los escoceses le arrebataran lo más querido de su vida.

Pero ya no era esa niña dulce y encantadora. Las amatistas relucían en la empuñadura de la daga de su padre, recordándole hasta dónde debía llegar para proteger a su gente. La fiebre que debilitaba su

cuerpo le daba a sus mejillas un color engañosamente saludable, y su brillante vestido verde relucía intensamente. Recordó la lección de su madre de que para infundir respeto su comportamiento debía merecerlo. Y aunque su pelo no ofrecía el mejor aspecto posible, el resto de ella hacía honor a su rango. Beaumont tal vez careciera de un señor aquel día, pero ella seguía siendo la señora. Y como tal, no dudaría en hacer lo que fuera para defender todo lo que había quedado de los sueños de su padre para su familia y su gente.

De ese modo, armada con la daga de su padre, Rosalind se preparó para guiar a sus leales súbditos a la batalla.

Dos

—¿Preparados? A la de tres. Una… —secándose el sudor de la frente,

Malcolm gritaba sus órdenes en el fragor de la batalla. La maldita gente del castillo estaba luchando con la desesperación de los condenados. Su capa chamuscada y las manchas de membrillo podrido en el brazo sólo habían servido para avivar su ira. Que el demonio se llevara a Will Beaumont por arriesgar vidas en una batalla que no tenía posibilidad de ganar.

—Dos… —con la última embestida del ariete, sus hombres lograrían entrar en el patio y entonces la gente de Beaumont quedaría atrapada en la torre, a merced de Malcolm.

—¡Tres!

Doce hombres, con Malcolm a la cabeza, levantaron el ariete sobre sus hombros y cargaron una vez más contra la empalizada.

Esa vez el estremecedor crujido resonó en los huesos de Malcolm cuando la pesada puerta de roble cedió. La victoria se le antojaba próxima, lo bastante cercana para saborearla.

Beaumont era un compendio de fortificaciones viejas y nuevas. Las cuatro torres del perímetro eran fuertes y prácticamente impenetrables, pero la puerta norte ofrecía un punto débil por sus refuerzos de madera. A través de la brecha los guerreros de Malcolm entraron en el patio exterior; sus pesadas botas resonaban sobre las piedras con tanta fuerza que la tierra temblaba a su paso.

Estaban muy cerca. Beaumont sería la joya de la corona de las defensas escocesas a lo largo de las fronteras, y Malcolm la convertiría en un bastión inexpugnable. El castillo no estaba en muy bien estado, con huellas de viejas batallas en las murallas exteriores. Ahora que estaba en el interior, podía ver los huertos que crecían entre las casas de los granjeros. A pesar del hedor de la comida podrida que les estaban arrojando desde las almenas, podía oler el heno fresco de los establos. Beaumont era ciertamente un premio.

Volvió a centrar sus pensamientos en la inminente victoria y ordenó a sus hombres que encerraran a los caballeros enemigos que intentaban refugiarse en la torre. Los hombres de Malcolm fueron más rápidos, y estaban furiosos porque los ingleses los hubieran combatido con flechas incendiarias, agua hirviendo… y los excrementos de las letrinas. Su hermano menor aún seguía despotricando por tener la ropa cubierta de tan ignominiosa suciedad.

Pero los escoceses tuvieron pronto su venganza. Quince de los casi treinta hombres que defendían las murallas externas fueron rápidamente hechos

prisioneros. A juzgar por su aspecto, tanto jóvenes como viejos, la defensa de Beaumont estaba en las últimas. No había ningún guerrero auténtico entre ellos. Malcolm se permitió un momento de satisfacción, convencido de que el asedio no se prolongaría durante mucho más tiempo.

Su regocijo se esfumó cuando una flecha pasó silbando junto a su cabeza, rozándole la oreja.

—Por todos los santos… —masculló, mientras una lluvia de flechas caía sobre sus hombres.

Gritando órdenes para que todos se pusieran a cubierto, buscó la protección de uno de los pocos árboles que crecían en Beaumont. Se colocó el yelmo sobre los ojos, pero entonces la lluvia de flechas cesó tan rápidamente como había empezado.

No había duda de que los desesperados defensores intentaban racionar sus provisiones de flechas. Aun así, dos escoceses fueron alcanzados, y otros seis habían muerto o habían sido gravemente heridos en las murallas exteriores. Una perdida innecesaria de vidas…

Maldito fuera Will Beaumont. Por lo visto, el joven lord tenía el valor suficiente para ordenar una batalla sin sentido ni esperanza contra sus atacantes, pero carecía del coraje para participar él mismo en persona.

—¿Qué te parece si les envenenamos el agua?

Malcolm reprimió una carcajada, agradeciéndole en silencio a Jamie que lo sacara de sus oscuras divagaciones.

—Veo que sigues enfadado por lo de tu ropa… Normalmente no estás tan sediento de sangre.

Jamie se agarró la piel empapada con los ojos entornados.

—Me la han echado a perder, hermano, y bien lo sabes. Malditos sean estos ingleses del demonio… —levantó la vista hacia las murallas y volvió a mirar a Malcolm—. ¿Cómo piensas entrar en su torre?

—Exploraremos el exterior —respondió él. Aquélla era la parte de la batalla que más le gustaba. La preparación táctica. La búsqueda de un resquicio en las defensas. Una vez que gobernara sus propias tierras, emplearía los conocimientos que había adquirido en la guerra para mantener la paz—. Rodearemos la torre, cada uno por un lado, y nos encontraremos en la parte de atrás.

Beaumont Keep no era precisamente un ejemplo de construcción moderna, con sus torres bajas hechas de ladridos romanos. Aun así, el trazado de las cuatro torres rectangulares había ofrecido una sólida defensa cuando contaba con buenos soldados, y Malcolm estaba seguro de que, con un poco de esfuerzo, el castillo sería completamente inexpugnable.

Pero, por desgracia para sus habitantes, no iba a ser así.

Malcolm sonrió y se preparó para correr hasta el siguiente árbol, situado a más de veinte metros.

—¡Agáchate!

Podía oír a Jamie mascullando mientras echaba a correr, hasta que el inconfundible silbido de una flecha rasgando el cielo alcanzó sus oídos. Resistiendo

el impulso de levantar su pequeño escudo de madera sobre su cabeza, Malcolm se esforzó al máximo en alcanzar el árbol que tenía ante él. El silbido se hizo más fuerte, obligándolo a tirarse de cabeza tras el grueso tronco del nogal.

¡Zack!

La flecha se clavó en el escudo que Malcolm seguía aferrando en la mano. Aturdido, vio cómo la punta en llamas empezaba a quemar el escudo con fulgurante rapidez. El calor de la madera quemada lo espabiló finalmente y le hizo soltar el escudo que rápidamente se desintegraba.

Aunque no era ninguna reliquia familiar, aquel broquel había sido fabricado por lord McNair para su hijo. A Malcolm no le gustaba nada ver cómo se consumía, pero al menos aquel día había servido a su propósito, protegiéndolo de lo que sin duda habría sido un golpe mortal.

Apostado tras el nogal observó la atalaya norte, desde donde había salido la flecha. Parpadeó para aclarar la visión, convencido de que sus ojos lo estaban engañando.

Pero no lo engañaban.

Una mujer…

Erguida y desafiante en el parapeto, ni siquiera se molestó en ocultarse tras el pretil ahora que había arrojado su flecha mortal. Bajó la ballesta sin apartar los ojos de su víctima.

Malcolm se preguntó brevemente por qué ninguno de sus hombres estaba disparando contra un blanco tan fácil, pero una rápida mirada alrededor le

mostró que los pocos que la habían visto se habían quedado atónitos por la sorpresa.

Aquella mujer no era una doncella ni una cocinera. Irradiaba un poderoso aire de nobleza. Su vestido verde y amarillo relucía con los matices de las hojas recién desplegadas en primavera, y a pesar de estar a una distancia considerable, Malcolm podía apreciar la riqueza de aquellos pliegues y colores. Una faja dorada destellaba alrededor de sus caderas al sol del crepúsculo.

Y el pelo…

El pelo de aquella mujer eclipsaba todos sus adornos. Parecía flotar como un halo oscuro alrededor de su cabeza y hombros, cayendo fluidamente hasta la cintura. Algunos mechones sueltos mecidos por la brisa le ofrecían un aspecto suavemente descuidado. Parecía un sacrificio pagano a los dioses antiguos de la primavera, pura y virginal, y al mismo tiempo insolente y orgullosa, con sus ojos depredadores fijos en su presa.

A Malcolm le hirvió la sangre en las venas… avivado por el deseo y la furia, mientras contemplaba cómo aquella belleza noble se daba la vuelta y descendía de su puesto. ¿Quién demonios se creía que era para estar en las almenas, practicando el tiro con ballesta en su cabeza?

Un demonio…

Alejándose de la tentación que ofrecía la mujer, siguió examinando Beaumont Keep. El misterio de aquella sirena vestida de verde debería esperar hasta más tarde.

—Malcolm McNair. No sabía que fueras tan lento —siseó una voz familiar desde unos arbustos cercanos.

—No me dirás que ya has dado la vuelta al castillo… —respondió, asombrado. Pero allí estaba Jamie, escondido tras el arbusto.

—Claro que sí. ¿Y tú por qué has tardado tanto? ¿Podría ser porque te has quedado boquiabierto contemplando a esa hada de ahí arriba?

Malcolm se recordó que le debía un puñetazo a su hermano.

—No, maldito bruto. Sólo es una fulana que quiere atravesarme la cabeza con una flecha en llamas —masculló. No importaba que aquella mujer hubiera intentado quemarle el trasero. Tenía que admitir que admiraba sus habilidades con la ballesta—. ¿Qué has encontrado?

Jamie se inclinó hacia él arqueando sus espesas cejas.

—He encontrado una torre medio en ruinas al sur y un montón de posibilidades para entrar. Pero será mejor esperar hasta la noche para actuar.

Aquellas noticias borraron el deseo de atizar a su hermano. Malcolm le sonrió, acordándose de su buena suerte al ser un McNair.

—Bien hecho —dijo, señalando el sol, que a punto estaba de rozar el horizonte—. No tendremos que esperar mucho. Vamos con Ian para que nos expliques esas posibilidades.

Sigilosamente volvieron a la parte frontal del castillo para reunirse con Ian y trazar los planes de

la invasión. Y aunque Malcolm sabía que sus pensamientos deberían estar centrados en la inminente victoria, no podía reprimir el arrebato de lujuria que le provocaba la perspectiva de encontrarse cara a cara con aquella arquera del demonio.

Rosalind había permanecido las dos últimas horas con la vista fija en el descampado, en vano. Lo único que había conseguido era un dolor de cabeza todavía peor. El cielo negro sin luna no permitía ver ningún movimiento en el exterior.

—Tal vez hayan acampado fuera de nuestras murallas —sugirió John, apoyándose junto a su señora, tan nervioso e inquieto como ella.

—Tal vez.

«Pero no confíes en ello». Algo se estaba tramando. Podía sentirlo en el escalofrío que le recorría los huesos. ¿Dónde se habrían ocultado los invasores?

Beaumont Keep era lo bastante seguro… ¿O no?

Un pensamiento la asaltó con la fuerza del ariete escocés al darse cuenta de lo que había olvidado durante todo el día.

—John… ¿tenemos hombres apostados en la torre sur?

El color abandonó el rostro de John.

—Nunca se me ocurrió que…

Rosalind echó a correr por la torre principal, bajó hasta el gran salón y atravesó la capilla hacia la escalera medio derruida que subía a los aposentos

de sus padres. Al principio pensó que John iba detrás de ella, pero cuando alcanzó la vieja torre abandonada, se dio cuenta de que estaba completamente sola. Un estremecimiento le recorrió la columna.

La estrecha torre sur, construida en madera y roca, había sido completamente arrasada por el fuego. Las vigas se habían consumido bajo la piedra, quedando un montón de escombros a los pies de la torre. Bajo el mando de Gregory, los hombres de Rosalind la habían ayudado a separar con un muro la torre del resto del castillo, y ahora ya nadie se molestaba en ir allí. Era mejor dejar enterrado el pasado bajo aquellas piedras.

Hasta aquel día.

¿Por qué no había recordado el punto débil que presentaba el extremo meridional de la fortaleza? Por culpa de la fiebre, naturalmente. Jamás se le hubiera pasado una cosa así por alto de haber estado bien. El muro que los siervos habían levantado era fuerte y resistente, teniendo en cuenta la poca habilidad de sus trabajadores, pero carecía de la solidez de las murallas. Aquella barrera improvisada no era tan alta ni tan gruesa como los bastiones de las otras tres esquinas del perímetro.

El miedo le atenazó la garganta mientras contemplaba el muro con sus propios ojos. Pero no había escoceses salvajes en la torre sur. No había almádenas haciendo pedazos las piedras.

Todo estaba tranquilo.

Invadida por un alivio tan inmenso que la debili-

tó, se dio la vuelta para ir a buscar centinelas que apostar en el ala sur… cuando unos fuertes brazos tiraron de ella hacia atrás.

Un grito de pánico subió por su garganta, pero fue sofocado por la mano que le cubrió la boca. Los brazos que la rodeaban eran gruesos como troncos, y la aplastaban contra un pecho duro y musculoso.

El corazón le latió con tanta fuerza que sus latidos estuvieron a punto de ensordecerla.

—Vaya sorpresa —murmuró con voz ronca la voz de su captor al oído. Rosalind detectó el acento escocés en el tono.

La sangre se le heló en las venas.

—Parece que la sirena del corazón de piedra es una mujer viva, después de todo. Pero te lo advierto: no hagas el menor ruido.

La inmensa palma se retiró de su boca.

Rosalind permaneció presionada contra el sólido pecho de su enemigo, y aunque no podía verlo, la barbilla que le rozaba la cabeza atestiguaba su intimidatoria altura. Una piel de animal le hacía cosquillas en el cuello, y desprendía un olor chamuscado que intensificó aún más su horror. Aquel hombre no podía estar muy complacido con ella, después de la fiera resistencia que habían mostrado.

Rosalind luchó contra el pánico que la dominaba, recordándose que la gente de Beaumont contaba con ella para protegerlos. Debía mantener la calma y la frialdad, de modo que hizo un supremo esfuerzo para que las palabras consiguieran salir de sus labios.

—¿Eres el único que ha entrado? —le preguntó.

Tal vez si gritaba, su gente llegaría antes de que el resto de escoceses entraran por las grietas.

—Si, pero enseguida llegarán otros —respondió. Ella tomó aire y la mano volvió a cubrirle la boca—. Estás avisada, pequeña. Si gritas será peor para ti.

Un ruido sordo se oyó en el oscuro corredor, y otra voz escocesa resonó en las sombras, sobre las piedras.

—Es la mujer de la atalaya —dijo un hombre gigantesco con la cara pintada de azul, saltando al suelo junto a ellos—. No es ningún fantasma, sólo una hermosa doncella.

—Sí, hermosa y hábil con la ballesta —corroboró otro escocés, también con la cara pintada de azul, que descendía por una cuerda que colgaba en el muro. El tercer guerrero no era tan alto y robusto como los otros dos, pero aun así seguía superando por una cabeza a Rosalind. Llevaba un broche plateado de un grifo mitológico, el mismo que había visto antes en la capa del jefe—. Fue a tu cabeza a la que apuntaba, Malcolm. Si hubieras sido un poco más bajo, habría dado en el blanco.

Malcolm

Ahora sabía de quién eran los brazos que la apresaban… El guerrero de pelo oscuro que antes le había llamado la atención. El mismo caballero escocés con quien había hablado desde las almenas.

El cuerpo entero le tembló de miedo al recordar la ira de los escoceses la última vez que atacaron su bastión fronterizo. El gigante se quedó a un lado, y el caballero más refinado al otro. A medida que la

frente se le iba empapando de un sudor frío, más caballeros pintados de azul fueron bajando uno por uno por la soga que colgaba de la torre sur.

Todos los preparativos para el asedio habían sido inútiles, porque se había olvidado por completo de la torre en ruinas. Y ahora la gente de Beaumont sufriría las consecuencias de su descuido fatal.

Tenía que encontrar un modo de avisarlos.

—Voy a apartar la mano de tu boca y tú me llevarás directamente al salón. ¿Has entendido bien, pequeña? —la voz de su captor, baja y amenazadora, le puso a Rosalind la carne de gallina.

Pensando que podría emplear esa orden en su propio beneficio, asintió.

—Por esa puerta —dijo, mientras un plan empezaba a cobrar forma en su cabeza. Necesitaba ganar tiempo desesperadamente.

El guerrero retiró la mano de sus temblorosos labios y avanzó en la dirección indicada mientras sus hombres se desplegaban tras él. Rosalind esperó su oportunidad y llevó a los escoceses hacia el salón principal. Allí tendría sólo una oportunidad para gritar. Y alguien tendría que oírla.

Su captor abrió la puerta de la capilla y examinó el interior. El olor a madera de pino e incienso alcanzó a Rosalind. Era una fragancia que siempre había asociado con el recogimiento y la seguridad, pero en esos momentos no le proporcionaba mucho auxilio. La mano de Malcolm volvió a apartarse, como si esperara que le diera instrucciones para seguir. Rosalind vio su oportunidad.